

M<sup>a</sup> Reyes Omeñaca Hernández

# El rey Carlos II

## Ante el Sepulcro de la Venerable

**L**a visita de Carlos II a Ágreda se inscribe en un viaje ambicioso que tiene como destino Zaragoza. El viaje al Reino de Aragón miraba a «los dos relevantes fines del Real Juramento de los Fueros de Aragón y convocación de Cortes Generales», que lo serían en Calatayud. El rey contaba a la sazón 16 años y llevaba dos de reinado. Esta iba a ser la primera entrada que efectuara en la ciudad de Zaragoza. La cuestión era de suma importancia, apremiaba el apoyo de Aragón en la leva de soldados, entre otras cuestiones, pues las guerras eran muchas y el monarca no contaba con muchos apoyos.

Salió el Rey de Madrid el día 21 de abril de 1677 a las diez de la mañana. La distancia entre Madrid y Zaragoza era de 50 leguas y las jornadas necesarias para completarla eran nueve. El deseo del rey de visitar el sepulcro de sor María obligaría a cambiar el camino de vuelta. Todo estaba dispuesto desde mucho tiempo atrás y minuciosamente calculado. «...su partida, a la ligera, según tenía resuelto, ciñéndose el número de los criados, que le habían de seguir, a los meramente precisos, para el servicio de su Real Persona, por muestra de la prontitud, libre de superflua comitiva» (1). Aunque no conocemos el nombre de todos los que lo acompañaron, sí sabemos el de los principales, que también se acompañarían de sus ayudantes, secretarios..., si en este viaje no se movilizó la Corte como acostumbraba, no empero el séquito era copioso. «...quiso se luciese la propia moderación aun en los vestidos (salvo el día de su pomposa entrada en Zaragoza, privilegiado en la pública alegría) disponiendo con orden, abonada de su ejemplo, que fuesen llanos, sin género de guarnición de oro, plata, o seda, menos el tahalí: y la forma del traje ajustada en todo a la comodidad, sin superficialidades repugnantes a una puntual modestia: virtud la más admirable y rara en príncipes mozos, que Su Magestad cultiva en su Corte» (2). Interesa este apunte, que demuestra algo de la personalidad del rey y de la casa de Austria. Es conocida la austeridad de su padre, que instituyó el negro como color de ceremonia y distinción de su corte. Se habla de la propia austeridad de Carlos, rota en ocasiones como la recepción de su primera esposa, de la que estaba intensamente enamorado y deseoso de conocer. Añadir a esto la quiebra económica de su gobierno y las costumbres en el vestir de su madre Mariana de Austria, que vestía invariablemente como una dueña viuda. Venía bien al camino la ropa cómoda pues hubo de viajar en carruaje, caballo y algunos tramos a pie. Volveremos sobre la vestimenta del rey al analizar el recuerdo gráfico que nos ha quedado en el Convento de la Concepción.

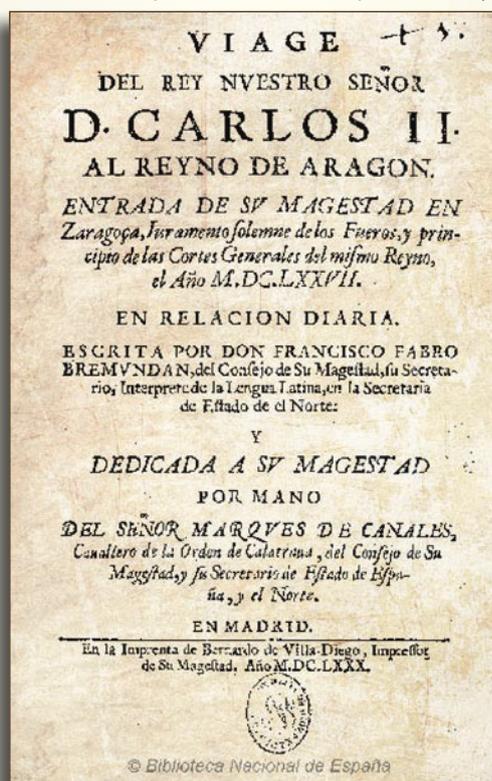
Con Carlos II viajaban: «Su Alteza don Juan José de Austria, don Antonio Manrique de Guzmán, Patriarca de las Indias y Capellán Mayor de su Magestad, el Excelentísimo Duque de Medinaceli, de Segorbe y Cardona, Sumiller de

Corps de su Magestad, el Excelentísimo Señor Príncipe de Melito, Duque de Pastrana y del Infantado, el Excelentísimo Señor Duque de Híjar, del Consejo de Estado de su Magestad, el Marqués de Castenuovo, el Marqués de Montalvo, el Conde de Talara, el Conde de los Arcos, el Conde de Baños, el Conde de Villanueva, don Melchor de Barrionuevo, don Juan Anadón, monje cartujo, son Esteban de España, Capellán de Honor de su Magestad (3)...»

Don Juan José de Austria había tenido con sor María correspondencia, aunque no nos consta que se conocieran en persona, de su mano se conserva en el Convento un regalo valioso y simbólico: una arquilla de filigrana de plata para encerrar el Santísimo el día de Jueves Santo (pieza de plata que respetó la francesada). Aunque no cumple aquí destacar su figura política o individual, no ahorraremos decir que este hermanastro del rey, fruto de los amores de Felipe IV con «la Calderona», era ya un consumado político, encargado de las cuestiones de la guerra, que había aspirado al trono desde que muriera Felipe IV, contando Carlos cuatro años de edad, animado por la mala salud del príncipe y aupado por una importante parte de la nobleza y con la simpatía del pueblo. Preocupado por la situación acéfala de la monarquía durante la regencia, consiguió anular primero al valido de la reina y después confinar a esta en el Alcázar de Toledo y exiliar a Filipinas a su protegido y primer ministro Valenzuela. Su preocupación era dignificar y elevar la figura del rey su hermano. Se puede decir que esta ambición lo llevó a perpetrar lo que hoy consideraríamos un «golpe de Estado», con lo que alcanzó el puesto de primer ministro de su hermano Carlos II y, aunque en nuestra fecha de 1677 solo le restan dos años de vida, espera, todavía que la fortuna esté de su parte. Al rey no se le había encumbrado como mandaba el protocolo de los Austrias y el pueblo era testigo de su escasa representatividad; no le habían puesto casa y prácticamente no se dejaba ver en actos

públicos. Juan José de Austria puso un celo especial en cuidar la figura simbólica de su Majestad. Él es el artífice de este viaje a Aragón. Él le regala la calesa, riquísima, en la que el rey viajará. Él dispone a la vuelta de este memorable viaje que el rey asista en procesión a la celebración del Corpus Christi el 17 de junio de 1677, ante la mirada sorprendida de los madrileños: «El jueves 17 de junio de 1677, festividad del Corpus satisfizo el Monarca un deseo popular; frustrado en años anteriores, presidiendo en persona la procesión tradicional; y desde las nueve de la mañana, hora en que llegó a Santa María, hasta las dos de la tarde, en que regresó a Palacio, admirándole los madrileños, por primera vez, a pie en sus calles, precedido de Don Juan y de veinte Grandes de España» (4). Don Juan de Austria figura también en la pintura que después comentaremos.

Juan José de Austria llevaba



consigo a alguien valioso para nuestro conocimiento de esta jornada: don Francisco Fabro Bremundan, (secretario suyo desde muchos años atrás) (1621-1698). Fue un periodista español de origen borgoñón. A él debemos el origen de la prensa en España, como creador de la *Gaceta de Madrid*, en 1661, periódico que utilizó como arma de propaganda para aupar los intereses políticos del bastardo, al que escribió un panegírico: *Historia de los Hechos del Serenísimo señor don Juan de Austria*, en el Principado de Cataluña. En una carta que le destina al que será Cronista del Reino de Aragón, Diego J. Dormer, le anuncia que finalmente participará del viaje y podrá reunirse con él en Zaragoza, cosa que ansía pues son sus lazos afectivos tan fuertes que se hablan como hermanos, la carta está fechada el 3 de abril de 1677: «La Consulta de mi nuevo empleo en la Secretaría de Estado del Norte subió, y juzgo haura bajado ya fauorablemente, según todas las premissas, que se han anticipado a éste último passo. Con cuyo consuelo espero nos veremos las caras en todo este mes, porque soy de los nombrados para la Jornada, si bien con la cortapiça de hauerlas de hacer sin ayuda de costas» (4)

Francisco Fabro había vivido en Zaragoza antes que en Madrid y deja allí algún hijo. Su círculo de amistades en Aragón es relevantísimo, como ejemplo citaremos a Vincencio Juan de Lastanosa.

En 1680 Francisco Fabro Bremundan publica un libro que documenta por extenso el viaje realizado por el Rey y su comitiva que nos ayudará a saber qué pasó en Ágreda.

Advertimos que otra fuente, de publicación anterior, discrepa con el relato de Fabro en datos de importancia. Damos crédito casi completo a la crónica de Fabro porque sabemos de él por sus obras y su correspondencia que es un periodista con mentalidad casi ilustrada, no un cronista a sueldo o adulador, que abomina de la superficialidad y trampa de muchos relatos históricos de su tiempo; no obstante intentaremos contrastar y completar su impagable memoria con otros documentos.

Dos son las fuentes principales que documentan el paso de Carlos II por Ágreda el día 5 de junio de 1677. Ambas están dotadas de verosimilitud y sus testimonios se pueden contrastar con las actas del Ayuntamiento y con diversas noticias que sobre personajes y hechos nos han llegado. Embarga nuestro estudio lo disconforme de algunos pasajes de estos dos escritos de los que vamos a servirnos para revivir la jornada regia.

La naturaleza de ambos es distinta y quizás también la intención. Uno de los documentos, el más antiguo, fue editado por Juan de Cabezas en Sevilla en el mismo año de 1677, nos ha llegado anónimo. En él se da fe, en exclusiva, de la visita de «*Su Magestad*» al convento. No manifiesta curiosidad por lo sucedido en el pueblo. Sin duda, el sujeto de mayor interés para quien redacta es la Venerable y la devoción que ella despierta en el monarca, en su séquito y en los que, como en romería, son atraídos al lugar desde muchas partes.

Gran parte de sus anotaciones son de fiar, pues pone de forma directa o indirecta alocuciones de los personajes protagonistas. Si tenemos en cuenta que el relato es tan próximo a los hechos, no entendemos que se atreviera a deformarlos. Es costumbre que este tipo

de documentos presuma de ser «Relación verdadera y puntual» como se ve en su encabezamiento:

Desde la puerta Regular, acompañado de toda la Comunidad de las Religiosas, subió su Mag. al Coro, dōde tenia sitial. Hizo allí oració, y preguntó luego: Donde está mi V. Madre?

En la siguiente página leemos cómo el rey se dirige a las monjas para preguntar por la Venerable:

Respondió el Padre Provincial: Señor, agora la verá V. Mag. y antes suplico a V. Mag. se sirva de dar licencia, para que le befen la mano las Religiosas (las quales puestas de rodillas en dos coros, fuera de las tarimas que corresponden a las sillas, esperauan) q̄ lo defean con mucho amor, y rendimiento. Respondió el Rey nuestro señor buelto a las Religiosas: Madres, leuantense los velos; y prosiguió assi cō singular benignidad, y afectuoso cariño: No permitiré q̄ me befen la mano las hijas de mi V. Madre. Passó su Mag. con todo el acompa-

Y cómo le responde el Padre Provincial y cómo el texto recoge otras expresiones del rey en estilo directo:

Respecto de la versión de Fabro Bremundan se ha dicho: «*El viaje del rey para cumplir los fueros en 1677 aparece como el desenlace de la marcha de Zaragoza a Madrid, es decir como la materialización política de la alianza cementada en el Pilar. La trama narrativa ajusta una visión unitaria de España, tras la escenificación de un soberano que vertebró la comunidad política en cada etapa del camino por Castilla y Aragón, con un enfoque corográfico. En efecto, el autor restituye el pasado pretérito de cada localidad, siguiendo una lógica arqueológica que parte de la monumentalidad ofrecida a la mirada con sus diferentes estratos temporales, para hundir al lector en épocas remotas. Fabro Bremundan era un polígrafo franco, contado políglota apasionado por la numismática, miembro del círculo de eruditos de Zaragoza que giraba en torno a don Juan cuando ocupaba el puesto de Vicario general y en sintonía con las opiniones y los métodos del criticismo histórico que empezaba a afirmarse. El recorrido histórico de cada localidad se apoya en fuentes de primera mano y da lugar a una puesta al día del conocimiento que descarta las fábulas. Las glorias religiosas, los vestigios de los valerosos celtíberos y la evocación de la reconquista a partir de trazas materiales proporcionan la trama de la indagación. El reconocimiento de las identidades regnicolas, origen y meta del viaje, y la exaltación de identidades ultralocales permiten desenlazar flujos amorosos responsables de la milagrosa vertebración transterritorial*» (5).

Si ordenamos los datos, partiendo del libro de Fabro, sabemos que a las cinco de la madrugada salió el rey de Tarazona, donde se hubo de suspender los fuegos de artificio y luminarias por culpa de la lluvia y que:

«*Pareció lloraua el temple de Aragón (hasta entonces siempre sereno) el ver ausentar á su Rey: pues no solamente la noche anterior a la partencia de Tarazona pero la propia mañana, que se executó, acompañó casi toda la marcha hasta Agreda, con lluvia, aunque tan discreta que guardó su mayor esfuerzo para después de apeado Su Magestad, a las nueve del día, en las Casas de Don Francisco de Castejon, que dignamente fueron preferidas á otras de Agreda, asi por su capacidad, como por la calidad del Dueño. Entonces no pareció, durante vna hora, fino vn diluuió declarado, ostentando el sobervio Moncayo (de cuyas nubes procedía) su poder, aun en tierra agena. Mas, en aquel espacio, acabó de vaciar su mal humor, franqueando de nuevo al Sol lo que le tenía usurpado, y a los naturales de Agreda, el consuelo de poder lograr las preuenciones que tenían hechas, para servir á Su Magestad con vna fiesta de Toros*» (6)

Nos viene a la mente el peligro en que esta lluvia puso al joven rey, débil de salud y aquejado de frecuentes resfriados, y sabemos por el relato completo de este viaje los cuidados que le prodigaban y el reposo que solían procurarle en cada jornada. Gregorio Marañón,

RELACION VERDADERA, Y PUNTVAL  
de la visita que hizo el Rey nuestro señor Don Carlos Segundo, asistido del Serenissimo señor Don Juan de Austria su hermano, y de los Grandes, y Señores de su Corte, al sepulcro de la venerable sierva de Dios Sor Maria de Iesus, cuyo cuerpo yaze en el Monasterio de la Purissima Concepcion de la Villa de Agreda.

que ha estudiado todas sus patologías, afirma que el monarca gozó de una "mala salud de hierro" (7).

También recordamos ahora que, en efecto, el pueblo de Ágreda y sus autoridades obsequiaron al rey y a su comitiva con toros y una merienda a la que también invitaron a los de Soria, pues el rey no iba a pasar por aquella ciudad; su camino hacia Madrid lo sigue por Almenar y Almazán.

En la relación de Juan de Cabezas no se nombra el desafortunado comienzo de la visita ni se alude al alojamiento del rey en la Casa de Castejón. Directamente comienza:

"Llegó su Magestad con su Alteza a la misma villa, sábado 5 de junio, entre ocho y nueve de la mañana y, sin entrar en el lugar, ni detenerse en otra parte, se fue al monasterio de la Concepción y se apeó en el pórtico de la iglesia"(8).

El testimonio del documento de 1677 si no ha salido de la pluma de un religioso o religiosa presente allí, lo ha hecho de su boca. Tiene gran interés quien lo componga en remarcar la liturgia y el protocolo completo de la misa. El libro de 1680 es claramente obra de un escritor, Francisco Fabro, al servicio de la política, destaca en él mucho más lo profano y cortesano (sin obviar lo religioso, tan incardinado en la vida cotidiana de entonces). La selección de datos, la información geográfica e histórica, la propaganda política y el estilo literario atraviesan toda la obra, de gran extensión. Fabro ha elaborado la, diríamos hoy, "versión oficial" de un viaje decisivo, en un momento en el que la monarquía de los Austrias necesitaba todos los auxilios: humanos y divinos.

Cuando cesara la lluvia, imaginamos al pueblo de Ágreda afanado en disponer la plaza de toros. La fiesta estaba prevenida, así como los gigantes, música y luminarias para la noche. Las actas del Ayuntamiento lo atestiguan:

"En la Villa de Agreda a cuatro días del mes de Junio de mil seiscientos setenta y siete años, se juntaron en Ayuntamiento extraordinario a campana tañida como lo tiene de costumbre, la Justicia y Regimiento desta Villa y su Tierra y en especial los Sres. D. Bernardino de Cuellar y Medrano, Caballero de la Orden de Calatrava y Corregidor por Su Magestad, D. Diego de Mijancas y D. Marco de Orobio, Regidores, Jacinto Hogazón, Procurador General de la Villa y su Tierra por el estado de los hombres buenos, Juan de Sauca, procurador de los Hijosdalgo, Pedro Campos, procurador de los hombres buenos, Juan Pérez, Domingo Ximénez, Francisco Pérez, Miguel Nuñez y Francisco Sauca, diputados y asimismo Joseph Pérez, diputado; y el Sr. D. Antonio de Camargo, Regidor,

Que por cuanto mañana sábado se espera en esta Villa a Su Magestad, que Dios guarde, y es preciso, si da licencia, el visitarlo, en esta conformidad acordaron que la Villa vaya en forma a dicha visita con sus maceros.

Y respecto de ser necesario saber primero la voluntad de Su Magestad, se nombran por comisionados a D. Diego de Mijancas y D. Marcos de Orobio, Regidores, para que hablen y visiten al Condestable mayor y que le ofrezcan la vereda questa prevenida para que uno y otro se dispongan por su mano.

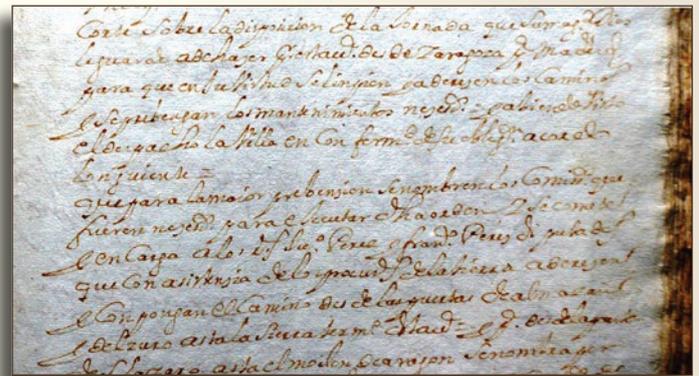
Que se nombran y comisionan para cargar el corredor a los Sres. Francisco Pérez y Miguel Nuñez, diputados.

Que se cometa al Sr. D. Diego Mijancas, Regale a la Ciudad de

Soria como le pareciere; y asimismo se acuerda que si hubiere toros se busque puesto decente para la Villa y se comete a los Señores D. Marcos de Orobio y D. Diego Mijancas, Regidores y también el que prevengan unos dulces y bebidas para la merienda de la Villa y que a los toros se convide a la dicha Ciudad de Soria"

" En la villa de Ágreda a veintiocho días del mes de Mayo de mil seiscientos sesenta y siete años se juntaron en Ayuntamiento extraordinario a campana tañida como tienen por costumbre la justicia y regimiento de esta Villa y su Tierra y en especial los señores Don Bernardino de Cuéllar y Medrano Caballero de la Orden de Calatrava y Corregidor por Su Magestad, don Diego de Mijancas y don Antonio de Camargo y dos Marcos de Orobio, regidores y don Jacinto Ogazón procurador general de esta Villa y tierra, por el estado de los hombres buenos Juan Pérez, Joseph Fernández, Francisco Pérez, Domingo Ximénez, Francisco de Sauca y Miguel Núñez, diputados, y asimismo entraron en este ayuntamiento los señores Juan de Sauca, procuradores de los hijos hijosdalgo y Pedro Campos, procurador de los hombres buenos.

Y estando así juntos el Señor Corregidor dio cuenta como ha tenido un despacho del Señor Don Juan Pardo de Monzón alcalde de Corte, sobre la disposición de la jornada que Su Magestad, que Dios guarde, ha de hacer por esta villa desde Zaragoza para Madrid, para que en su virtud se limpien y aderecen los caminos y se prevengan los mantenimientos



necesarios y habiendo visto el despacho la villa en conformidad de su obligación acordó lo siguiente:

Que para la mejor prevención se nombren los comisionados que fueren necesarios para ejecutar dicha orden y se comete y encarga a los señores Juan Pérez y Francisco Pérez, diputados, que con la asistencia del procurador de la tierra, aderezar el camino desde la puerta de Almazán y del Zuro hasta la Sierra término de esta villa, y desde la puerta de San Lázaro hasta el mojón de Aragón, se nombra por comisionado al señor Miguel Núñez, diputado, y por comisionados para la prevención de las camas se nombran al Procurador General y al señor Procurador de los hijosdalgo; por comisionado para la prevención de la cebada a don Diego de Mijancas; y para la paja, al señor Joseph Fernández diputado; y al señor don Marcos se comete que disponga se hagan algunos fuegos para la noche de la entrada de Su Magestad en esta villa.

Y que las danzas y los gigantes salgan a recibir a Su Magestad y que anden por esta villa; y al sí mismo se hagan luminarias: y por cuando en esta villa no hay clarín ni chirimías se despache carta para la Ciudad de Logroño y que venga el clarín que tienen."



Si el rey no estaba en el Convento, se encontraría descansando hasta la hora de la comida. La corrida se celebró desde las dos a las cuatro y media de la tarde. Fabro dice que fue muy alegre, que se lucieron los toreros venidos de Tarazona, que, o bien habían sido invitados por la villa de Ágreda, o bien siguieron desde Aragón a la comitiva para poder seguir festejando.

El relato de Fabro trae al rey Carlos II al convento de la Concepción a las cinco de la tarde, después de la fiesta de toros. En la Relación de Cabezas, el rey ha salido a las doce de la mañana del convento para no regresar, sin embargo dice que los nobles que lo acompañaban pasaron la tarde en el convento.

Cabría la sospecha de que en el documento sevillano se haya alterado intencionadamente la hora de la visita a la Venerable para dar más relevancia a la devoción del rey sobre el protocolo oficial. También es posible que el rey acudiera por la mañana y escuchara las dos misas que se nos relatan: una en la iglesia y otra en el coro y regresara a las cinco para despedirse de las religiosas. Lo que sí es cierto es que el rey tuvo que ser recibido por las autoridades locales mucho antes de llegar al pueblo. Sabemos que al llegar a los confines de Aragón, para entrar en Castilla, en torno a las siete de la mañana, se levantó acta de que el rey abandonaba el antiguo Reino de Aragón y entraba en el de Castilla. Hasta esa frontera había sido escoltado por soldados y diplomacia del Virrey de Aragón. Desde allí los miembros insignes de nuestra Villa tendrían que asegurar el relevo y continuidad del viaje. Las actas del Ayuntamiento arriba mostradas nos hablan de la prevención de limpiar los caminos desde el pueblo hasta el "mojón de Aragón", para dar una digna recepción al monarca.

El documento sevillano cuenta una recepción protocolaria en el atrio del convento, esta por parte de los padres franciscanos.

La visita al sepulcro de la Venerable que nos cuenta Francisco Fabro es casi privada, solo permite el rey dejarse acompañar por el Condestable, el Duque de Medinaceli y su hermano don Juan de Austria. Ellos son los únicos que penetran en la iglesia y también en la cripta. Curiosamente, en el relato de Cabezas el Condestable no asiste a los actos de la mañana y llega tardíamente al convento cuando ya no puede visitar el cuerpo de sor María, él se duele de no haber podido besar su mano, visita el convento por la tarde.

En el relato anónimo, todo el séquito del rey entra en la iglesia de la Concepción y está presente en la misa, a la que el rey asiste desde un sitial y su hermano, más atrás, arrodillado en unos cojines. A la misa del coro, aunque son muchos los aspirantes, el rey concede permiso a unos catorce grandes y al padre provincial de Burgos, fray Dionisio de la Cruz, al padre fray Pedro Gómez, al padre Joseph de Villalva, predicador apostólico y guardián de San Francisco y al padre Fr. Joseph Ibáñez, Vicario del Monasterio de la Concepción. Todos ellos tienen el honor de ver el cuerpo de sor María. Tras haber salido

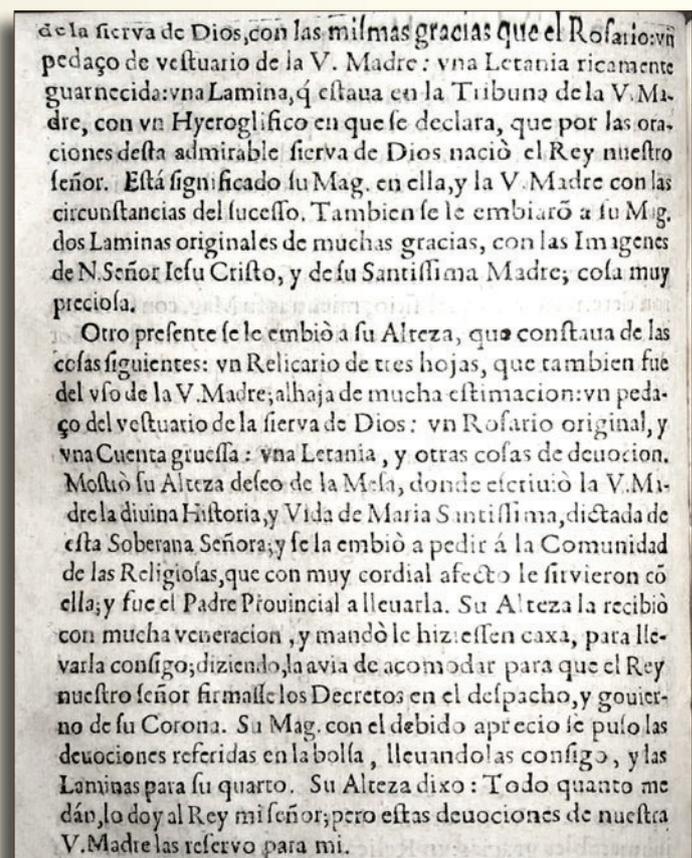
todos ellos de la cripta, el rey da permiso a las monjas para que ellas también vean el cuerpo de su Madre.

Cada uno de los relatos selecciona datos distintos de lo que fue la jornada del 5 de junio de 1677, pero ambos ponen énfasis en la descripción de lo que vieron los ojos de los que ese día contemplaron el cuerpo incorrupto de sor María, cuando llevaba 14 años muerta.

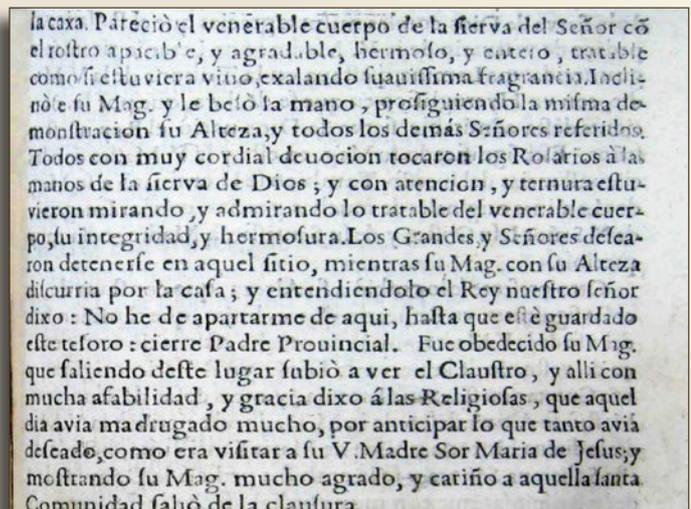
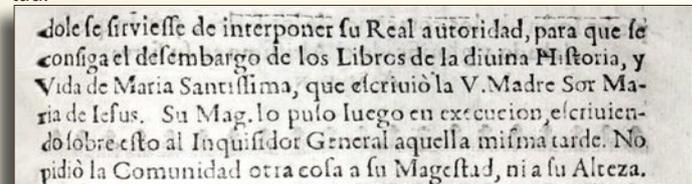
Esta descripción del documento de Cabezas está algo idealizada, aunque no se aleja de la realidad, es más hagiográfica que la ofrece la crónica de Fabro (que recoge testimonios anteriores, como el del padre Samaniego):

"Enseñósele abierto el nicho a que le guiaba su Augusta devoción, antes cerrado con cal y ladrillo, a diferencia de otros, por ocurrir a la prudente curiosidad, según discretamente dice el Reverendísimo P. Fr. Josef Ximenez Samaniego, hoy Generalísimo de toda la Seráfica Orden de San Francisco, en la Relación que escribió de la Vida de la Venerable Madre. Acercáronse al Ataud, y reconocieron (lo que el mismo padre apunta) que por haber sido demasiado corto, no había podido cerrar, dando el accidental descuido, más campo a la humedad, para consumir el cadáver. Mas sin embargo le hallaron tan entero y palpable como si acabara de expirar, particularmente las manos muy blancas, frescas, y hermosas. Solo la cara (aunque sin corrupción) pareció algo amumiada y seca, alteradas las facciones, lo cual con mucha probabilidad, se atribuyó a efecto de los habituales achaques que la fatigaron y le acabaron la vida"

En lo que supera la versión de Cabezas a la de Fabro es en el detalle de los regalos:



Las religiosas y los Padres Franciscanos solo demandaban de su Majestad:



De todos aquellos presentes que recibió el rey nada dice el relato de Fabro, sí dice que sus acompañantes solicitaron cuentas benditas, papeles y otras cosas que hubieran sido del uso de la Venerable, pues ya la consideraban santa. Del rey dice que salió más satisfecho por tener en el Cielo la misma Mediadora de sus intereses que había tenido su padre.

Lo que sí es cierto es que el rey llevó de esa visita la mesa donde sor María escribió su *Mística Ciudad de Dios*, y que hoy la guardan celosamente las religiosas de las Descalzas Reales en su monasterio de Madrid.

*"Respecto a los donativos para la comunidad en aquella ocasión... el Libro de Limosnas recoge varias cantidades ofrecidas por quienes acompañan al monarca, como los duques de Alburquerque, Pastrana y Medinaceli y otros caballeros". "El Libro de Gasto de la comunidad también nos proporciona algunos detalles de la visita regia, como el gasto ocasionado con tal motivo que ascendió a 4738 reales."* (9)

El documento sevillano da noticia de cómo ese día fueron muchos los llegados al lugar que, al no poder participar directamente de la contemplación de sor María, iniciaron una costumbre que, algo modificada, hemos conocido hasta que fue trasladada de la cripta a la tribuna del convento. *"Por la parte de afuera hay una rejita muy estrecha, que corresponde a la bóveda subterránea, donde yace la V. Madre; y allí hubo gente forastera en inmenso número, aplicando todos a la rejita rosarios, medallas y cruces, en lo cual todos manifestaron su cordial afecto y singular devoción a la venerable Madre Sor María de Jesús, cuya esclarecida fama, por los raros prodigios de su admirable vida y singulares favores con que la engrandecieron Chisto nuestro Señor y su Santísima Madre la Virgen María Señora nuestra, es piedra imán de los corazones de los fieles, por lo que sea alabado y glorificado el Altísimo en su sierva"*. (10)

Así como los hechos adquieren distintos relieves en una y otra obra, también los protagonistas de los mismos. Es cierto que en ambos documentos las órdenes y decisiones emanan del rey, pero este está presentado más rotundo y maduro en la versión anónima. También en ella expresa más intensamente su religiosidad. No está Juan José de Austria lejos del puesto de infante, aunque no lo sea, y lo vemos tomar la iniciativa cuando pide la mesa para el rey y se reserva un regalo especial para sí.

De ambos testimonios se desprende que el rey tenía puesta toda su voluntad en esta visita a sor María, que la premeditó y desvió el camino de su viaje de vuelta. La religiosidad de su "Católica Majestad" había encontrado ya cumplida satisfacción en su encuentro con los Corporales de Daroca o las reliquias de Santa Engracia en Zaragoza. Sin embargo, Carlos quiso ir ante otra prenda espiritual más alta para él, aquella por cuya intercesión había venido al mundo, de modo que bien podía llamarla Madre.

Hemos dejado para el final de nuestro viaje el comentario de la imagen que nos quedó para el recuerdo: es una pintura entrañable, no una obra de arte sino de devoción. Como toda imagen, es simbólica y muy elocuente: Sor María es el mayor valor de este cuadro. Ocupa por entero la caja y está puesta en alto sobre quienes la veneran. Su rostro es amable, sereno, sin muestras de padecimiento, vejez o enfermedad. Su fisonomía está íntegra, y aparece como dormida. Su proporción es mayor a la de los otros retratados, lo que realza su importancia frente a la de ellos. Está de forma que podamos nosotros gozar de su contem-



plación. Es una imagen pensada para la posteridad, por ello, además, se describe la escena en una leyenda escrita como en cartela en el zócalo sobre el que está la caja.

Carlos II es el personaje de nuestra izquierda. Él, como su hermano, Juan de Austria, ha sido colocado hacia el espectador del cuadro, es decir, hacia nosotros. Su mirada también nos pertenece, en parte. Si bien se eleva hacia Sor María, no la mira de frente. Sus cuerpos están en actitud humilde, respetuosa: el rey arrodillado sobre dos cojines, su Alteza don Juan sobre uno. Sus figuras presentan más diferencias que su atavío. A pesar de que la factura de la imagen es muy popular, se evidencia el parecido de Juan de Austria con los retratos que conservamos de él y también aparece destacado su joyel; la cruz de Malta. El rey, sin embargo, no guarda semejanza con su verdadero rostro, su cara está muy idealizada, sin rasgos del prognatismo que lo afeaba tanto. Los dos sujetan un sombrero idéntico, sus trajes son similares, seguramente simplificación de los ricos trajes de la época. No los individualizan, sino que los igualan en dignidad. El color más oscuro en el caso de el de don Juan, y sobre todo en sus medias, armoniza con su edad. Es acertado que no lleven ropa de mucho lujo, si tenemos en cuenta la decisión de suspender el boato en el vestir y consideramos que los personajes vienen de camino. Carlos II no parece un rey sino un joven noble, salvo que nos fijemos en el toisón que cuelga sobre su pecho.

Esta imagen nos recuerda a otra también anónima y popular en la que aparecen juntos el rey y su hermano:

La visita de este monarca a Ágreda, para visitar el cuerpo de sor María, tuvo que ser vista entre las religiosas y religiosos franciscanos como una oportunidad decisiva de conseguir elevarla a los altares, como testifica la Relación de Cabezas, documento que también parece querer impulsar esa empresa. El propio cuadro que contemplamos responde a la enseña de santidad de sor María; ella está milagrosamente intacta y sus valedores en la tierra siguen siendo los más grandes.



Retratos anónimos de don Juan José de Austria y Carlos II. Escuelas Mayores de la Universidad de Salamanca (Aula de la Columna y Salón del Claustro).

#### CITAS Y BIBLIOGRAFÍA:

- (1)(2) (6) FABRO Bremundán, Francisco. *Viaje del Rey Nuestro Señor D. Carlos II al Reyno de Aragón*. Madrid, 1680.  
 (3)(8) (10) ANÓNIMO. *Relación Verdadera y Puntual de la visita que hizo el Rey nuestro señor Don Carlos Segundo, asistido del Serenísimo Señor Don Juan de Austria, su hermano, y de los Grandes, y Señores de su Corte, al sepulcro de la venerable sierva de Dios Sor María de Jesús, cuyo cuerpo yace en el Monasterio de la Purísima Concepción de la Villa de Ágreda*. Juan Cabezas, impresor. Sevilla 1677.  
 (4) LAMARQUE, Pilar. Cartas de Francisco Fabro Bremundans al DR. Diego J. Dorner, en "Algunas noticias sobre Francisco Fabro Bremundans", "Revista. Archivos, Bibliotecas y Museos", Madrid, 1966, LXXIII.

- (5) HERMANT, Héloïse, "¿Pérdida de España?", en Espacio, Tiempo y Forma, serie IV Historia Moderna. Revista de la Facultad de Geografía e Historia, UNED, año 2014  
 (7) MARAÑÓN, Gregorio. *El Conde-Duque de Olivares (La pasión de mandar)*, Madrid, Espasa-Calpe, 1936.  
 (9) FERNÁNDEZ Gracia, Ricardo. *Arte, Devoción y Política. La promoción de las artes en torno a sor María de Ágreda*. Excm. Diputación Provincial de Soria, 2002.  
 - MAURA y Gamazo, Gabriel, *Carlos II y su Corte*, Madrid, 1915.  
 - ZAMORA Lucas, Florentino. "La madre Ágreda y su Convento" (Correspondencia y visitantes), Celtiberia, 1965.  
 - Un agradecimiento especial a Javier Palacios Moya, que me ha facilitado las imágenes y transcripción de las Actas del Ayuntamiento.